

LEYENDA DEL PEREGRINO

Magdalena Valenzuela Guzmán.

Esta leyenda es muy conocida en Huelma. Tiene un componente religioso, mágico e inexplicable que la vincula a otras similares, que podemos encontrar a lo largo y ancho de nuestro país.

Cuando yo tuve conocimiento de ella, me vino a la memoria inmediatamente, la conocidísima leyenda de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Jaén, el popular "abuelo", ya que por sus similitudes se encuadran dentro del mismo grupo clasificatorio. Ambas leyendas, de carácter religioso, aluden al enigmático hecho que se produce tras dar asilo a un peregrino en una fría noche de invierno.

La que se cuenta en Huelma es la siguiente:

A mediados del siglo pasado, acertó a pasar por nuestro pueblo un anciano devoto, que marchaba peregrinando hacia la vecina localidad de Cabra del Santo Cristo, para ponerse a los pies del Cristo de Burgos, patrón de dicha localidad y muy venerado en aquellos años. Era tal la devoción que se le profesaba, que acudían para solicitar sus favores gentes venidas de todos los rincones de la geografía española.

Cuenta la leyenda, que era una tarde oscura de invierno, hacía frío, y del cielo caían enormes copos de nieve.

El peregrino, caminaba cansado, empapado y tiritando cuando avistó nuestro pueblo.

Viendo que con ese clima le resultaría imposible continuar su camino, sin dinero y sin un lugar donde guarecerse, decidió apelar al buen corazón de algún vecino y pedir asilo en una casa de la localidad.

Entrada ya la noche, sus pasos le condujeron a una vivienda a las afueras de la villa y después de dudarle un momento, se atrevió a llamar a la puerta.

-¿Quién llama a mi puerta a estas horas? Preguntaron desde el interior.

- Soy un pobre peregrino que busca refugio. ¡Por caridad cristiana! ¿Me permitís pasar la noche en vuestro zaguán? Hace mucho frío, estoy empapado, hambriento y dolorido.

Compadecidos, los residentes, deciden abrirle la puerta y darle cobijo.

Al comprobar el estado en que se presentó ante ellos el visitante, sintieron piedad por él, le sentaron al calor de la chimenea para secar sus ropas y le dieron de comer.

Llegada la hora de irse a dormir, conmovidos por el frío que hacía, no quisieron que pasara la noche en el zaguán como el peregrino había solicitado y, a falta de dormitorio donde alojarle, le

propusieron que pasara la noche en el pajar, ya que arropado por el calor de los animales no habría de pasar frío.

Así lo acordaron y así se hizo.

A la mañana siguiente cuando la familia se levantó para comenzar su actividad diaria, el peregrino no compareció a desayunar. Mandaron buscarlo, pensando que tras la larga caminata del día anterior, se habría quedado dormido. El pajar se encontraba vacío y sin rastro de que persona alguna hubiera pasado la noche allí.

El tiempo había mejorado, y consideraron que aprovechando el alivio meteorológico, habría decidido marcharse antes de que sus benefactores se levantaran, continuando así su camino.

Por la puerta principal era imposible que hubiese salido sin ser escuchado, pero la casa tenía una puerta "falsa", con salida a una calle lateral. Lógicamente se pensó que esa habría sido la vía utilizada en su huida.

Tras inspeccionar ambas, se constató que era imposible que hubiera utilizado cualquiera de ellas, ya que durante la noche se cerraban desde el interior con dos gruesas trancas, que permanecían en su sitio, tal y como quedaron la noche anterior, antes de retirarse a dormir.

Era imposible que el anciano hubiese abandonado la casa, por tanto, se procedió a registrar pajar, cuerdas, cámaras, cocinas y cualquier rincón de la vivienda donde pudiera haberse ocultado.

No apareció por lado alguno, en la casa no se encontraba, pero tampoco podía haberse marchado. Por lo que por segunda vez se volvió a inspeccionar detenidamente la vivienda, con el mismo resultado, pero con asombro, se constató que en la pared de una de las habitaciones, alguien había dibujado durante la noche un Cristo crucificado.

Nadie se explicaba el hecho. Ninguno de los miembros de la familia había sido el autor de la pintura.

Del peregrino nunca se supo, simplemente se desvaneció. El crucifijo aún hoy en día permanece, ya muy ajado por el paso de los años, en la pared donde fue dibujado, al parecer por el misterioso peregrino desaparecido.

La casa a que se refiere esta leyenda estaba situada en la calle Condesa, hoy denominada Antonio Machado y el crucifijo, aunque dicen quienes lo han visto, que se ha oscurecido mucho por el paso del tiempo, aún permanece visible, sobre todo en la zona del rostro, en el mismo tabique donde fue pintado.



Calle Condesa en los años 20

Los actuales dueños de la casa, a pesar de las obras de remodelación que se han hecho , han conservado hasta el día de hoy la pared con el Cristo Crucificado en recuerdo de aquel peregrino que acertó a pasar por Huelma una fría noche de invierno de hace muchos años.